

A bordo

El 27 de agosto de 1857 me embarqué en el Callao a bordo de un vapor de la línea entre Valparaíso y Panamá. Aun cuando me había acostumbrado desde muy joven a alejarme de mi país, esta vez no pude prescindir de un sentimiento de viva afección y tristeza al ver disminuir y desvanecerse en el horizonte la ciudad en la cual pasé días tan felices en mis primeros años. Tengo además por aquel puerto una predilección antigua, como teatro de multitud de acontecimientos capaces de inspirar el pensamiento del historiador tan bien como el corazón del romancero. Así, con la vista fija en los torreones del castillo de la *Independencia*, que desaparecían en la distancia, mi imaginación veía pasar en rápidos panoramas los navíos cargados de riquezas que zarpaban para las costas de España a llevarle el tributo de un continente; los piratas holandeses que amenazaban la Ciudad de los Reyes, la inundación que sepultó la antigua ciudad en 1746, los dos sitios, los últimos restos del ejército español, la severa y terrible figura de Rodil y los sucesos posteriores, sobre todo el sangriento combate del 22 de abril de 1857.

Estos recuerdos, además de los personales, cobraban doble fuerza en aquellos momentos en que me separaba de mi patria y del círculo de mis afectos sin saber cuándo me sería dado volver a atravesar la distancia en que íbamos a quedar desde entonces.

Sin embargo, como todo tiene su compensación en este mundo no tuve tiempo para estar triste, aunque sienta cierto remordimiento en confesarlo. Ni podía permanecer concentrado en mí mismo a la vista de las escenas animadas e interesantes que presentaba el buque; de manera que poco a poco me dejé contagiarse por el buen humor que reinaba entre los demás y traté de disculparlo con la sentencia de Pardo, que nos incita a la resignación diciendo que

vuelan mezclados los días
de soles y de alegrías
de llantos y de aguaceros...

con que él sabe por su propia experiencia mejor que muchos poetas.¹

Yo no podía tener los ojos humedecidos con lágrimas, cuando se habían enjugado en cinco minutos los de dos lindas pasajeras que emprendían el viaje (hasta Panamá la una y hasta Boston la otra) y que eran capaces de hacer olvidar todos los pesares de este mundo al hombre más melancólico.

Quisiera tener en mi estilo los colores con que Lamartine engalana sus descripciones para trazar el estudio de esos dos tipos que formaban un contraste hermosísimo. La una refinada, pulida y elegante como una figurita de porcelana antigua de Sévres, alegre y coqueta como la creación caprichosa de un novelista, parecía una de esas joyas que necesitan un engaste diáfano y rico, un marco de filigrana de oro, una red de hilos de cristal, para aumentar su brillo y defenderla con su tejido transparente. Tal era, tal es aún, la viajera de Boston.

La otra, morena, rosada, de larga y tupida cabellera negra, de aspecto lozano y descuidado, sin estudio en sus movimientos y sin más elegancia que la de su organización meridional, hacía mantener indecisa la mirada entre ella y su rival. Y digo su rival porque a donde quiera que haya dos mujeres (aunque sean feas) ya se sabe que hay dos rivales. ¿Qué será, pues siendo tan jóvenes y bellas una y otra?

Bien pronto la muchedumbre masculina que ocupaba la primera cámara se dividió en dos partes, cada una de las cuales, a manera de un grupo de satélites, giraba en torno de uno de esos centros de hermosura que brillaban a cierta distancia uno de otro sobre la cubierta del “Nueva Granada”.

Los oficiales del vapor, los pasajeros ingleses y americanos del Norte, y cuantos podían expresar sus simpatías en el idioma de Enrique VIII

¹ El Señor D. Felipe Pardo, el primer literato del Perú y uno de los más amenos y correctos poetas en la lengua castellana, ha desempeñado desde su juventud un papel activo en la política peruana. A ello le debe una lista respetable de destierros. Desde hace 15 años su posición ha sido constantemente respetada por los gobiernos y los partidos. La dilatada enfermedad que padece desde hace largo tiempo contribuye para que el señor Pardo sea en cierto modo del dominio de la posteridad y para que todos los peruanos indistintamente reconozcamos su nombre como un timbre honroso para la patria. *La América Poética* ha publicado en sus páginas algunas de las poesías festivas de este escritor; pero es sensible que no haya ninguna colección completa de sus obras entre las cuales muchos documentos de diplomacia y política son modelos de habilidad y estilo. El señor Pardo tiene cerca de 50 años y es la cabeza de una de las más estimables familias de la capital.

(insigne enamorado, como cuenta la historia), formaron desde luego la corte de la alegre bostoniana. Los pasajeros de la América del Sur y los que, después de una residencia suficiente, podían soltar un *¡qué linda V. estar, señorita!*, se agruparon en derredor de la otra. Todos eran actores: yo sólo formaba el público. Poco a poco las distancias, que al principio eran iguales, fueron variando con el curso de los días, de manera que bien pronto fue fácil distinguir el satélite que en aquella constante rotación se acercaba más al centro deslumbrador.

Las dos Dulcineas estaban comprometidas a casarse, desde mucho tiempo hacía; una de ellas no contaba ya más días de libertad que los de su viaje. Y, sin embargo, tan poco preocupada parecía ésta por la idea de su próximo enlace, como la otra por el recuerdo de su ausente novio que acaso en ese momento mandaba el ejercicio de fuego de su batería en una fragata de S.M.B. en las olas del Atlántico, suspirando a intervalos por su futura compañera. Pero la alegría de estas hijas de Eva, tan ávidas de placeres como olvidadizas de pesares, no debe admirar a nadie. Si no es más extraño que yo a los vaivenes de la naturaleza femenina: por qué, según una autoridad muy respetable entre las mujeres elegantes, es decir, según el texto de un *libretto* de ópera,

La donna é móbile
cual piuma al vento,
muta de acento
e di pensiero

que en español quiere decir que “la cabeza de una mujer se mueve como la rueda de un vapor que anda 16 millas por hora”. Así, pues, el “Nueva Granada” estaba completo: tenía dos *ruedas* inmejorables.

El tiempo era delicioso: el océano parecía una inmensa laguna: cataratas de colores se despeñaban en el horizonte sobre las huellas del sol y la atmósfera estaba transparente, luminosa y tibia por las tardes, como ninguna pluma podría describirla.

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde
resbala como tibio suspiro de mujer
y en voluptuosos giros besándonos la frente
se nos desmaya el alma con dulce languidez!

Estas líneas de amor se acercan un poco a la idea que yo quisiera poder expresar, aunque habría más que decir todavía.

No es extraño, pues, que las dos lindas viajeras, naturalmente más sensibles que los hombres (y más aún que los poetas) sintiesen esos éxta-

sis voluptuosos y esos dulces desmayos, y una languidez creciente a medida que nos acercábamos al foco de la luz, a la línea equinoccial, que es la región más peligrosa para los nervios de las jóvenes, según puede verse en el viaje científico de Mr. de Humboldt, gran sabio que ha estudiado profundamente esta materia.

Teníamos música y baile sobre cubierta hasta una hora muy avanzada de la noche, gracias a la magnífica luna que nos alumbró durante todo el viaje, y que se declaró en abierta conspiración con las brisas y con las aves que iban de dos en dos, como una provocación maligna y burlesca para las parejas que bailaban a bordo.

Cada día observaba yo con mayor interés los efectos del clima sobre el corazón humano, especialmente en sus afectos tiernos, interrumpiendo sólo de vez en cuando mi estudio para dirigir una mirada al cuadro majestuoso del mar, a las bellezas naturales del globo y a las costas de mi país que encerraban algunos recuerdos notables.

Una de estas memorias me tuvo triste un día entero y fue aquél en que pasamos junto a “La roca negra” donde naufragó la fragata “Mercedes”.